

CAPÍTULO 4: PIDIENDO SEÑALES

«¿REALMENTE responde Dios a la oración?» es una pregunta que a menudo está en los labios de las personas, y más a menudo todavía en lo más profundo de sus corazones. «¿Es la oración de alguna utilidad real?» De alguna manera u otra, no podemos evitar orar; pero hasta los salvajes paganos claman a alguien o a algo para que les ayude en tiempos de peligro, desastre y angustia.

Y aquellos de nosotros que realmente creemos en la oración pronto nos enfrentamos a otra pregunta: «¿Es correcto poner a Dios a prueba?» Además, otro pensamiento nos viene a la mente: «¿Nos atrevemos a poner a Dios a prueba?» Porque hay poca duda de que el fracaso en la vida de oración a menudo — ¿siempre? — se debe al fracaso en la vida espiritual. Muchas personas albergan mucha incredulidad en el corazón respecto al valor y la eficacia de la oración; y sin fe, la oración es vana.

¿Pedir señales? ¿Poner a Dios a prueba? ¡Ojalá pudiéramos persuadir a los hombres y mujeres cristianos a hacerlo! Pues, qué prueba sería esta de nuestra propia fe en Dios, y de nuestra propia santidad de vida. La oración es la piedra de toque de la verdadera piedad. Dios pide nuestras oraciones, valora nuestras oraciones, necesita nuestras oraciones. Y si esas oraciones fallan, solo tenemos que culparnos a nosotros mismos. No queremos decir con esto que la oración eficaz siempre obtiene exactamente lo que pide. Ahora bien, la Biblia nos enseña que se nos permite poner a Dios a prueba. El ejemplo de Gedeón en los días del Antiguo Testamento es suficiente para mostrarnos que Dios honra nuestra fe incluso cuando esa fe está tambaleándose. Él nos permite «probarle» incluso después de una promesa definitiva de Él mismo. Esto es un gran consuelo para nosotros.

Gedeón dijo a Dios: «Si has de salvar a Israel por mi mano, como has dicho, he aquí que yo pondré un vellón de lana en la era; y si el rocío estuviere solamente en el vellón... entonces conoceré que has de salvar a Israel por mi mano, como lo has dicho». Sin embargo, aunque hubo un «cuenco lleno de agua» en el vellón a la mañana siguiente, ¡esto no satisfizo a Gedeón! Se atreve a poner a

Dios a prueba por segunda vez, y a pedir que el vellón esté seco en lugar de mojado la noche siguiente. «Y Dios lo hizo así aquella noche» (Jueces 6:40).

Es todo muy maravilloso: ¡el Dios Todopoderoso haciendo precisamente lo que un hombre vacilante le pide que haga! Contenemos la respiración y quedamos asombrados, apenas sabiendo cuál de las dos cosas nos sorprende más — ¡la osadía del hombre, o la condescendencia de Dios! Por supuesto, hay más en la historia de lo que se ve a simple vista. Sin duda, Gedeón pensaba que el «vellón» lo representaba a él mismo, a Gedeón.

Si Dios de verdad lo llenara con Su Espíritu, entonces, la salvación estaba asegurada. Pero mientras exprimía el vellón, comenzó a compararse a sí mismo con la lana empapada. «¡Cuán diferente soy de este vellón! Dios promete liberación, pero yo no me siento lleno del Espíritu de Dios. Ninguna afluencia del poderoso poder de Dios parece haber venido a mí. ¿Soy en verdad apto para esta gran hazaña?» ¡No! Pero entonces, es «No yo, sino Dios». «Oh Dios, deja que el vellón esté seco — ¿puedes Tú aún obrar? Incluso si yo no siento ningún poder sobrenatural, ninguna plenitud de bendición espiritual dentro de mí: incluso si me siento tan seco como este vellón, ¿puedes Tú aún librar a Israel por mi brazo?» (¡Poca maravilla que precediera su oración con las palabras: «No se encienda tu ira contra mí»!)

«Y Dios lo hizo así aquella noche: porque solamente en el vellón estuvo seco, y en toda la tierra hubo rocío» (versículo 40).

Sí, hay más en la historia de lo que se puede ver de un vistazo. ¿Y no es así en nuestro propio caso? El diablo tan a menudo nos asegura que nuestras oraciones no pueden reclamar una respuesta debido a la «sequedad» de nuestras almas. Las respuestas a la oración, sin embargo, no dependen de nuestros sentimientos, sino de la confiabilidad del Prometedor.

Ahora bien, no estamos instando a que el modo de proceder de Gedeón sea para nosotros, o para cualquiera, el curso de acción normal. Parece revelar mucha vacilación para creer la Palabra de Dios. De hecho, se parece gravemente a dudar de Dios. Y ciertamente entristece a Dios cuando mostramos una fe en Él que es solo parcial.

El camino más alto, mejor y más seguro es «pedir, sin dudar nada». Pero es muy consolador y tranquilizador para nosotros saber que Dios permitió a Gedeón ponerle a prueba. Ni es este el único caso de este tipo mencionado en las Escrituras. El caso más sorprendente de «probar a Dios» ocurrió en el Mar de Galilea. San Pedro puso a prueba al mismo Señor nuestro. «Si eres Tú —» aunque nuestro Salvador ya había dicho: «Yo soy». «Si eres Tú, manda que yo vaya a Ti sobre las aguas». Y nuestro Señor dijo: «Ven», y Pedro «caminó sobre las aguas» (Mateo 14:28, 29). Pero esta «fe que prueba» de Pedro pronto le falló. La «poca fe» (versículo 31) tan a menudo y tan rápidamente se convierte en «duda». Recuerde que Cristo no le reprendió por haber venido. Nuestro Señor no dijo: «¿Por qué viniste?» sino «¿Por qué dudaste?»

Poner a Dios a prueba es, después de todo, no el mejor método. Él nos ha dado tantas promesas condicionadas a la oración de fe, y ha probado tantas veces Su poder y Su disposición a responder la oración, que deberíamos, por regla general, vacilar mucho antes de pedirle señales además de maravillas.

Pero, alguien puede estar pensando, ¿no es el mismo Señor Dios Todopoderoso quien nos manda ponerle a prueba? ¿No dijo Él: «Traed todos los diezmos al alfolí... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde»? (Malaquías 3:10).

Sí, eso es verdad: Dios dice: «Probadme: ponedme a prueba». Pero realmente somos nosotros mismos los que así somos probados. Si las ventanas de los cielos no se abren cuando oramos, y esta bendición de plenitud-hasta-desbordarse no nos es concedida, solo puede ser porque no somos diezmadores completos. Cuando de hecho estemos enteramente rendidos a Dios — cuando hayamos traído todo el diezmo al alfolí para Dios — hallaremos tal bendición que no necesitaremos poner a Dios a ninguna prueba. Esto es algo de lo que tendremos que hablar cuando lleguemos a la cuestión de la oración no respondida.

Mientras tanto, queremos que cada cristiano se pregunte: «¿He probado yo alguna vez la oración de manera justa?» ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la

última vez que ofreció una oración definida? La gente ora por «una bendición» sobre un discurso, o una reunión, o una misión; y alguna bendición es seguro que vendrá, porque otros también están suplicando a Dios acerca del asunto. Usted pide alivio del dolor o sanidad de la enfermedad: pero las personas sin Dios, por quienes nadie parece estar orando, a menudo se recuperan, y a veces de una manera aparentemente milagrosa. Y podemos sentir que podríamos habernos mejorado incluso si no se hubiera ofrecido ninguna oración en nuestro favor. Me parece que muchas personas no pueden señalar con el dedo ninguna respuesta realmente definida y concluyente a la oración en su propia experiencia. La mayoría de los cristianos no le dan a Dios la oportunidad de mostrar Su deleite en conceder las peticiones de Sus hijos; porque sus peticiones son tan vagas e indefinidas. Si esto es así, no es sorprendente que la oración sea tan a menudo una mera forma — una repetición casi mecánica, día tras día, de ciertas frases; unos pocos minutos de «ejercicio» por la mañana y por la noche.

Luego hay otro punto. ¿Ha tenido usted, cuando está en oración, el testimonio impreso en su ser de que su petición fue concedida? Aquellos que saben algo de la vida privada de los hombres de oración a menudo se asombran de la completa seguridad que viene sobre ellos a veces de que sus oraciones son respondidas, mucho antes de que el don que buscan esté realmente en su posesión. Un guerrero de la oración diría: «Una paz vino sobre mi alma. Estaba confiado de que mi petición me fue concedida». Entonces simplemente daba gracias a Dios por lo que estaba completamente seguro de que Dios había hecho por él. Y su seguridad demostraba estar absolutamente bien fundada.

Nuestro Señor mismo siempre tuvo esta seguridad, y debemos tener siempre presente que, aunque Él era Dios, vivió Su vida terrenal como un Hombre perfecto, dependiendo del Espíritu Santo de Dios.

Cuando estuvo delante del sepulcro abierto de Lázaro, antes de haber llamado realmente al muerto a salir, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has oído. Y yo sé que siempre me oyes» (Juan 11:41, 42). ¿Por qué, entonces, pronunció Sus gracias? «Por causa de la gente que está alrededor, lo dije, para que crean que Tú me has enviado». Si Cristo habita en nuestros corazones por la fe; si el Espíritu

Santo está respirando en nosotros nuestras peticiones, y estamos «orando en el Espíritu Santo», ¿no deberíamos saber que el Padre nos «oye»? (Judas 20). ¿Y no comenzarán los que están alrededor a reconocer que también nosotros somos enviados de Dios?

Los hombres de oración y las mujeres de oración agonizarán delante de Dios por algo que saben que es según Su voluntad, debido a alguna promesa definida en la página de la Escritura. Pueden orar durante horas, o incluso durante días, cuando de repente el Espíritu Santo les revela de una manera inequívoca que Dios ha concedido su petición; y están confiados de que no necesitan ya enviar más peticiones a Dios acerca del asunto. Es como si Dios dijera en tonos claros: «Tu oración es oída y te he concedido el deseo de tu corazón». Esta no es la experiencia de un solo hombre, sino que la mayoría de los hombres para quienes la oración es la base de su vida darán testimonio del mismo hecho. Ni es una experiencia solitaria en sus vidas: ocurre una y otra vez.

Entonces la oración debe dar lugar a la acción. Dios enseñó esto a Moisés: «¿Por qué clamas a Mí? Di a los hijos de Israel que marchen» (Éxodo 14:15).

No nos sorprende encontrar que el Dr. Goforth, un misionero muy usado en China, a menudo recibe esta seguridad de que sus peticiones son concedidas. «Sabía que Dios había respondido. Recibí una seguridad definida de que Él abriría el camino». ¿Por qué debería alguien sorprenderse de esto? El Señor Jesús dijo: «Vosotros sois Mis amigos, si hacéis las cosas que Yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos» (Juan 15:14, 15). ¿Le parece sorprendente, entonces, que el Señor nos deje a nosotros, Sus «amigos», conocer algo de Sus planes y propósitos?

La pregunta surge de inmediato: ¿Dios quiere que esta sea la experiencia de solo unos pocos santos escogidos, o desea que todos los creyentes ejerzan una fe semejante, y tengan una seguridad semejante de que sus oraciones son respondidas?

Sabemos que Dios no hace acepción de personas, y por lo tanto sabemos que cualquier verdadero creyente en Él puede compartir Su mente y Su voluntad. Somos Sus amigos si hacemos las cosas que Él nos manda. Una de esas cosas es la «oración». Nuestro Salvador rogó a Sus discípulos que «tuvieran fe en Dios» (la traducción literal es «Tened la fe de Dios»). Entonces, declara, usted puede decir a una montaña: «Quítate y échate en el mar», y si cree y no duda, sucederá. Luego da esta promesa: «Todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis [es decir, en el cielo], y os vendrá [en la tierra]» (Marcos 11:24). Ahora bien, esta es exactamente la experiencia de la que hemos estado hablando. Esto es precisamente lo que hacen los verdaderos hombres de oración. Tales cosas naturalmente superan la comprensión de los incrédulos. Tales cosas son desconcertantes para los medio creyentes. Nuestro Señor, sin embargo, desea que los hombres sepan que somos Sus discípulos, enviados como Él fue enviado (Juan 17:18 y 20:21). Ellos sabrán esto si nos amamos unos a otros (Juan 13:35). Pero otra prueba se proporciona, y es esta: si nosotros sabemos y ellos ven que «Dios nos oye siempre» (Juan 11:42).

Algunos de nosotros recordamos de inmediato la maravillosa vida de oración de Jorge Müller. En una ocasión, cruzando de Quebec a Liverpool, había orado muy definidamente para que una silla que había encargado por carta a Nueva York llegara a tiempo para alcanzar el vapor, y estaba bastante confiado de que Dios había concedido su petición. Aproximadamente media hora antes de que el vaporcito de pasajeros estuviera programado para llevar a los pasajeros al barco, los agentes le informaron que ninguna silla había llegado, y que no podría posiblemente llegar a tiempo para el vapor. Ahora bien, la Sra. Müller sufría mucho de mareo, y era absolutamente esencial que ella tuviera la silla. Sin embargo, nada pudo inducir al Sr. Müller a comprar otra en una tienda cercana. «Hemos hecho oración especial para que nuestro Padre Celestial se complazca en proveérnosla, y confiaremos en Él para que lo haga», fue su respuesta; y subió a bordo absolutamente seguro de que su confianza no estaba mal puesta, y no fallaría. Justo antes de que el vaporcito partiera, un camión se acercó, y en la parte superior de la carga que llevaba estaba la silla del Sr. Müller. Fue llevada

apresuradamente a bordo y puesta en las manos del mismo hombre que había instado a Jorge Müller a comprar otra. Cuando la entregó al Sr. Müller, este no expresó sorpresa, sino que se quitó tranquilamente el sombrero y dio gracias a su Padre Celestial. Para este hombre de Dios, tal respuesta a la oración no era maravillosa, sino natural. ¿Y no cree usted que Dios permitió que la silla fuera retenida hasta el último minuto como una lección para los amigos del Sr. Müller — y para nosotros? Nunca habríamos oído hablar de ese incidente si no fuera por esa demora.

Dios hace todo lo que puede para inducirnos a orar y a confiar, y sin embargo, ¡cuán lentos somos para hacerlo! ¡Oh, cuánto perdemos por falta de fe y ausencia de oración! Nadie puede tener una comunión muy real y profunda con Dios que no sepa orar de manera tal que obtenga respuestas a la oración.

Si alguien tiene alguna duda sobre la disposición de Dios a ser puesto a prueba, que lea un pequeño libro llamado *Nor Scrip* (Marshall, Morgan and Scott, Ltd.). La señorita Amy Wilson Carmichael nos cuenta en sus páginas cómo una y otra vez «probó a Dios». Uno recibe la impresión del libro de que no fue un accidente lo que la llevó a hacerlo. Seguramente, ¿no estaba la mano de Dios en ello? Por ejemplo, para rescatar a una niña hindú de una vida de vergüenza «religiosa», fue necesario gastar cien rupias. ¿Estaba justificada al hacerlo? Podía ayudar a muchas niñas por tal suma: ¿debía gastarla en una sola? La señorita Wilson Carmichael se sintió guiada a orar para que Dios le enviara la suma exacta de cien rupias — ni más, ni menos — si era Su voluntad que el dinero se gastara de esta manera. El dinero llegó — la cantidad exacta — y quien lo envió explicó que se había sentado a escribir un cheque por una cantidad fraccionaria, pero había sido impulsada a hacerlo por exactamente cien rupias.

Eso sucedió hace más de quince años, y desde entonces esta misma misionera ha puesto a Dios a prueba una y otra vez, y Él nunca le ha fallado. Esto es lo que ella dice: «Ni una sola vez en quince años ha quedado una factura sin pagar; ni una sola vez se le ha dicho a un hombre o a una mujer cuándo necesitábamos ayuda; pero ni una sola vez nos ha faltado cosa buena alguna. Una vez, como para mostrar lo que se podía hacer si fuera necesario, llegaron 25 libras por

telegrama! A veces, un hombre salía de la multitud clamorosa en una estación de ferrocarril, deslizaba algún donativo indispensable de dinero en la mano, y se perdía de nuevo entre la multitud antes de que se pudiera identificar al dador».

¿Es maravilloso? ¡Maravilloso! ¿Por qué, qué dice San Juan, hablando por el Espíritu de Dios? «Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye; y si sabemos que Él nos oye, cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos pedido» (1 Juan 5:14, 15). ¿Tenemos tú y yo tal «confianza»? Si no, ¿por qué no?

Lllamarlo maravilloso es mostrar nuestra falta de fe. Es natural para Dios responder la oración: normal, no extraordinario.

El hecho es — seamos completamente honestos y directos al respecto — el hecho es que muchos de nosotros no creemos a Dios. Bien podríamos ser completamente sinceros al respecto. Si amamos a Dios, debemos orar, porque Él quiere que oremos y nos manda orar. Si creemos a Dios, oraremos porque no podemos dejar de hacerlo: no podemos seguir sin ello. Compañero cristiano, tú crees en Dios, y crees en Él (Juan 3:16), pero ¿has avanzado lo suficiente en la vida cristiana como para creerle a Él; es decir, para creer lo que Él dice y todo lo que dice? ¿No suena blasfemo preguntar tal cosa a un cristiano? ¡Sin embargo, cuán pocos creyentes realmente creen a Dios! — ¡Dios nos perdone! ¿Te has dado cuenta alguna vez de que confiamos en la palabra de nuestro prójimo más fácilmente que en la palabra de Dios? ¡Y sin embargo, cuando un hombre realmente «cree a Dios», qué milagros de gracia obra Dios en él y a través de él! Ningún hombre ha vivido que haya sido venerado y respetado por tantos pueblos y lenguas como aquel hombre de quien se nos dice tres veces en el Nuevo Testamento que «creyó a Dios» (Romanos 4:3; Gálatas 3:6; Santiago 2:23). Sí, «Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia». Y hoy, cristiano, judío y musulmán rivalizan entre sí en honrar su nombre. Suplicamos a todo creyente en Cristo Jesús que nunca descansa hasta que pueda decir: «Creo a Dios, y actuaré sobre esa creencia» (Hechos 27:25).

Pero antes de dejar la cuestión de probar a Dios, nos gustaría señalar que a veces Dios nos guía «a probarle». A veces Dios ha puesto en el corazón de la señorita Wilson Carmichael pedir cosas para las cuales ella no veía necesidad. Sin embargo, se sentía impulsada por el Espíritu Santo a pedir. No solo le fueron concedidas, sino que también resultaron ser un beneficio inestimable. Sí, Dios sabe qué cosas necesitamos, ya sea que las queramos o no, antes de que le pidamos (Mateo 6:8). ¿No ha dicho Dios: «No te fallaré de ninguna manera»?

Con frecuencia, la tentación venía a la señorita Wilson Carmichael de dejar que otros supieran de alguna necesidad especial. Pero siempre venía la seguridad interior, como en la misma voz de Dios: «Yo sé, y eso es suficiente». Y, por supuesto, Dios era glorificado. Durante los días difíciles de la guerra, incluso los paganos solían decir: «Su Dios los alimenta». «¿No se sabe en todo el país de alrededor», decía un pagano mundano, «que vuestro Dios oye la oración?»

¡Oh, qué gloria para Dios produjo su simple fe! ¿Por qué no creemos a Dios? ¿Por qué no tomamos a Dios por Su palabra? ¿Dicen alguna vez los creyentes o los incrédulos de nosotros: «Sabemos que vuestras oraciones son contestadas»? ¡Misioneros del mundo entero, escuchad! (¡Oh, que estas palabras pudieran llegar a cada oído y conmover cada corazón!) Es el anhelo profundo de Dios — de nuestro amante Salvador Jesucristo — que cada uno de nosotros tenga la misma fe fuerte que aquella devota misionera de la que estamos hablando.

Nuestro amoroso Padre no desea que ningún hijo Suyo tenga ni un momento de ansiedad ni una necesidad insatisfecha. No importa cuán grande sea nuestra necesidad; no importa cuán numerosos sean nuestros requerimientos, si solo le «probamos» de la manera que Él nos manda, nunca tendremos suficiente espacio para recibir toda la bendición que Él dará (Malaquías 3:10).

¡Oh, cuánta paz a menudo perdemos!

¡Oh, cuánto dolor innecesario soportamos!

Todo porque no llevamos

Todo a Dios en oración;

o todo porque, cuando lo «llevamos», no creemos la palabra de Dios. ¿Por qué nos resulta tan difícil confiar en Él? ¿Nos ha fallado alguna vez? ¿No ha dicho una y otra y otra vez que concederá todas las peticiones ofrecidas de un corazón puro, «en Su nombre»? «Pide de Mí»; «Orad»; «Probadme»; «Ponedme a prueba». La Biblia está llena de respuestas a la oración — respuestas maravillosas, respuestas milagrosas; y sin embargo, de alguna manera nuestra fe nos falla, ¡y deshonramos a Dios desconfiando de Él!

Si nuestra fe fuera pero más simple

Le tomaríamos por Su palabra,

Y nuestras vidas serían todo sol

En las bondades de nuestro Señor.

Pero nuestro ojo debe ser «sencillo» si nuestra fe ha de ser simple y nuestro «cuerpo entero lleno de luz» (Mateo 6:22). Cristo debe ser el único Maestro. No podemos esperar estar libres de ansiedad si estamos tratando de servir a Dios y a las riquezas (Mateo 6:24, 25). ¡De nuevo somos llevados de regreso a la Vida Victoriosa! Cuando de hecho presentamos nuestros cuerpos «en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Romanos 12:1); cuando presentamos nuestros miembros «como siervos a la justicia y a la santificación» (Romanos 6:19); entonces Él se presenta a Sí mismo a nosotros y nos llena con toda la plenitud de Dios (Efesios 3:19).

Tengamos siempre presente que la fe real no solo cree que Dios puede contestar la oración, sino que Él la contesta. Podemos ser perezosos en la oración, pero «el Señor no tarda en cuanto a Su promesa» (2 Pedro 3:9). ¿No es esa una expresión sorprendente?

Quizás la prueba más extraordinaria de Dios de la que nos habla aquella misionera de Dohnavur es la siguiente. Surgió la cuestión de comprar una casa de descanso en las colinas cercanas. ¿Era lo correcto? Solo Dios podía decidirlo. Se hizo mucha oración. Finalmente, se ofreció la petición de que si era la voluntad de Dios que la casa fuera comprada, se recibiera la suma exacta de 100 libras. Esa

cantidad llegó de inmediato. Sin embargo, aún dudaban. Dos meses después, pidieron a Dios que les diera nuevamente la misma señal de Su aprobación de la compra. Ese mismo día llegó otro cheque por 100 libras. Aun entonces apenas se atrevían a proceder en el asunto. Pocos días después, sin embargo, se recibió otra suma redonda de 100 libras, destinada específicamente para la compra de tal casa. ¿No inunda nuestros corazones de gozo recordar que nuestro bondadoso Salvador es tan amable? Es San Lucas el médico quien nos dice que Dios es bondadoso (Lucas 6:35). El amor siempre es «bondadoso» (1 Corintios 13:4); y Dios es Amor. Piensa en ello cuando ores. Nuestro Señor es «bondadoso». Nos ayudará en nuestras intercesiones. Él soporta con tanta paciencia con nosotros cuando nuestra fe tiembla. «¡Cuán preciosa es Tu misericordia, oh Dios!» (Salmo 36:7); «Tu misericordia es mejor que la vida» (Salmo 63:3).

El peligro es que leemos acerca de una fe tan simple en la oración, y decimos: «¡Qué maravilloso!» y olvidamos que Dios desea que cada uno de nosotros tenga tal fe y tal oración. ¡Dios no tiene favoritos! Él quiere que yo ore; Él quiere que tú ores. Él permite que sucedan tales cosas como las que hemos descrito arriba, y permite que lleguen a nuestro conocimiento, no para sorprendernos, sino para estimularnos. ¡Uno a veces desearía que el pueblo cristiano olvidara todas las reglas hechas por el hombre con las que hemos cercado la oración! Seamos simples. Seamos naturales. Tomemos a Dios por Su palabra. Recordemos que «la bondad de Dios nuestro Salvador, y Su amor hacia los hombres», se ha manifestado (Tito 3:4). Dios a veces guía a los hombres a la vida de oración. Sin embargo, a veces, Dios tiene que conducirnos a tal vida.

Mientras algunos de nosotros miramos atrás sobre nuestra vida comparativamente sin oración, qué escalofrío de asombro y de gozo nos sobreviene al pensar en la bondad y «paciencia de Cristo» (2 Tesalonicenses 3:5). ¿Dónde estaríamos sin eso? Le fallamos, pero, bendito sea Su nombre, Él nunca nos ha fallado, y nunca lo hará. Dudamos de Él, desconfiamos de Su amor y de Su providencia y de Su guía; «desfallecemos a causa del camino»; murmuramos a causa del camino; sin embargo, todo el tiempo Él está ahí bendiciéndonos, y

esperando derramar sobre nosotros una bendición tan grande que no haya espacio para recibirla.

La promesa de Cristo sigue siendo válida: «Cualquier cosa que pidáis en Mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:14).

La oración cambia las cosas — y sin embargo, cuán ciegos

Y lentos somos para gustar y ver

La bendición que viene a aquellos

Que confían en Ti.

Pero de ahora en adelante, simplemente creeremos a Dios.